

En agosto de 2018 volví al pueblo natal de mi madre, a aquel lugar que ella tanto extrañaba. Había oído que unos años atrás, mi tío lo había vendido todo. Poco después, demolieron las casas y arrancaron los árboles frutales, aquella ya no era la casa de la *a-ma*<sup>1</sup> de Xinhua de la que tanto suelen hablar mis tías. Entonces, pensé: “debo aprovechar ahora que aún no están contruidos los bloques de pisos y mi madre sigue viva, para, a través del movimiento de mi cuerpo, ser el puente entre mi madre y el lugar al que ella tanto desea regresar”.

Donde un día estuvo la casa, ahora crecía hierba más alta que las personas; fantaseé con entrar a casa de la abuela, atravesarla hasta el salón, recorrer su interior y su exterior, entre las flores, los árboles y la hierba. Bajo la tierra cubierta de maleza, ya no se esconden suspiros, sino otro tipo de experiencias vitales. Con una mano despejaba el camino a explorar, con la otra sujetaba la cámara para atestiguar mis pasos...

Los escombros de la casa de mi abuela. Llevé unos trozos desde Tainán hasta Taipéi y se los entregué a mamá en mano. Espero que las escenas de las que una vez fueron parte, incluidas las de mi madre cuando era una niña alocada, puedan atravesar la palma de sus manos y alcanzar a tocar su red neuronal.

*Jia-Ling (2023)*

---

<sup>1</sup> « a-ma » significa « abuela » en taiwanés.